

BEATA MARÍA CRESCENCIA PÉREZ

El cuerpo de Cristo necesita valientes como María y operadores de la Palabra como Marta. Si la fe no va seguida de las obras, está muerta.

María Crescencia nos enseña a reforzar la fe en Dios, a vivirla, testimoniarla y a no avergonzarnos del Evangelio.

La fe es sal de la tierra, un bien precioso que hay que conservar y compartir, vivido con una vida santa, de oración y servicio a los pobres y enfermos.

“MARÍA CRESCENCIA ES SU NOMBRE, SU HISTORIA FLECHA HACIA DIOS, QUE TRENZA EN VUELO TAN BREVE, OFRENDA Y CONTEMPLACIÓN. MARÍA CRESCENCIA ES SU NOMBRE, SU FUEGO DULCE FULGOR, QUE ALUMBRA PERO NO QUEMA, HUMILDE FULGOR DE AMOR”. (Himno)

Edición de contenidos: Andrea Artal

Ilustración: Gabriel Cannizzo

Diseño: Angel Rivero



**“SENCILLA Y ESCONDIDA,
VIOLETA DEL SEÑOR”**

1897-2022
EN LOS 125 AÑOS DE SU NACIMIENTO

2022: AÑO DE MARÍA CRESCENCIA

Este año, 2022, se celebra el 125º aniversario del natalicio de María Crescencia Pérez y el 10º de su beatificación.

Esto nos anima a festejar juntos y celebrar las virtudes de nuestra Beata, Hija de María Santísima del Huerto, esperanzados en su pronta canonización.

Recemos con fervor, esta petición a nuestro Padre:

ORACIÓN PIDIENDO LA CANONIZACIÓN DE LA BEATA MARÍA CRESCENCIA PEREZ

“Padre de Jesús y nuestro que por tu Divino Espíritu haces florecer la santidad en la Iglesia, te damos gracias por la Beata María Crescencia que te amó con sencillez, y te rogamos que la glorifiques, para que su ejemplo e intercesión sirvan a la extensión de tu Reino y a la multiplicación de las vocaciones a la vida consagrada. Concédenos, por su intermedio, la gracia que, con humildad, te imploramos. Por Jesucristo Nuestro Señor, Amén”.

(Formular la petición)

“CORAZÓN DE JESÚS, POR LOS SUFRIMIENTOS DE TU DIVINO CORAZÓN, TEN MISERICORDIA DE NOSOTROS”

1. NACIMIENTO DE MARÍA CRESCENCIA



La Beata María Crescencia Pérez, nació en San Martín, Buenos Aires, el 17 de agosto de 1.897. Sus padres la bautizaron con el nombre de María Angélica.

Era la quinta de los once hijos de Agustín Pérez y Ema Rodríguez; ambos emigrantes españoles.



2. SU TIERNA INFANCIA

María Angélica, en la vida familiar, era el encanto de los suyos por la ternura y delicadeza con que procuraba adivinar los deseos de todos y por las atenciones que tenía con cada uno.

Ayudaba a la mamá en la organización y tareas de la casa. Cuando volvía del colegio, trataba de ayudar a todos. Desde pequeña tenía una personalidad privilegiada. Llena de bondad, muy responsable y servicial. Tolerante, paciente, alegre, humilde, obediente. Su palabra se imponía por la bondad y convicción con que la expresaba.

Asistió a la escuela pública y luego como interna en el Colegio de las Hermanas del

Huerto de Pergamino, Buenos Aires. Terminada la escuela primaria María Angélica permaneció en el Instituto para aprender costura y bordado y conseguir el diploma de maestra de labores, que de hecho consiguió, con el máximo de los votos y la calificación de "sobresaliente con mención" el 13 de diciembre de 1914.

La señalaban como modelo a confiarle varios encargos e incumbencias: concretamente ella ayudaba en la atención de las chicas internas, en la higiene, el cuidado de ellas, la enseñanza del catecismo y de las oraciones. La dulzura, la bondad y comprensión (cuando aún era alumna del Hogar) lograron que todas se portaran correctamente. Era sacristana y arreglaba la capilla del Instituto; Incumbencias y encargos que María Angélica siempre desempeñaba con dulzura, con amabilidad. Su piedad fue profunda y su vida de oración, elementos descollantes de su personalidad. En este mismo período recibió la primera comunión y en septiembre de 1910 fue confirmada.

Habitualmente retornaba en familia con ocasión de las vacaciones, mientras los suyos, en particular la madre, iban a visitarla por lo menos dos veces al mes y además los vínculos familiares a los que siempre se tuvo de un modo ejemplar estaban también reavivados por una correspondencia epistolar.

Todos los que la conocieron durante aquellos años de formación, han conservado de ella un vivísimo recuerdo de persona muy simpática, amable y cariñosa que se distinguía por su compañerismo realmente ejemplar y que impregnaba una serena alegría y sin ruido. Muy dócil con las Hermanas y muy obediente siempre dispuesta a ayudar a todos. Le gustaba jugar, ayudar en la cocina y hacer bordados.



3. EL LLAMADO A LA VIDA RELIGIOSA

En los últimos años de su escuela primaria, nació en ella la vocación por la vida religiosa. Al acrecentar la relación con la comunidad y observar las obras de las Hermanas del Huerto, descubrió definitivamente ese llamado. Quería servir a todos; santificarse por amor a Dios. Realizó con Él una profunda alianza de amor. Se entregó para siempre. La familia fue lo que más le costó dejar. En ella conoció el amor de Dios desde sus primeros años de vida. Alejarse de su familia, donde se sentía tan querida, fue el primer gran gesto con el Señor. Sabía que el dolor provocado por esta separación, sería fuente de Gracias especiales con que Dios la bendeciría en el futuro. En el corazón de Dios Padre, puso las inquietudes de hija y así fue como el 31 de diciembre de 1915, a los 18 años, ingresó en la vida religiosa, comenzando el postulanteado y luego el noviciado.

Aportaba alegría, buena disposición, generosidad: también piedad religiosa y hábitos de orden, obediencia y sacrificio, practicados en el hogar. Entró con un gran deseo de incorporar en su vida todo aquello que hiciera de ella, desde el primer momento, una perfecta ginecóloga. Transportada por el fervor, no entendió de medias tintas, consciente de que Dios no pide ni poco ni mucho, lo quiere todo. No sabía de cálculos humanos, ni de regateos. El darse, por lo tanto, sería sin límites, sin fronteras.

La ceremonia de vestición se celebró el 21 de septiembre de 1916. Allí cambió su nombre, según costumbre de la época, por el de María Crescencia, en honor del santo mártir Crescencio, cuyas reliquias fueron colocadas en el Altar Mayor.



4. EL SUEÑO DE DIOS

Su existencia se nutría de una fe viva, firme, que deseaba fervientemente abandonarse en Dios, y él la soñó desde el principio, como su hija predilecta, porque sabía que cumpliría sus anhelos de santidad.

La manifestación concreta de su gran fe era la oración, la unión con Dios y la tendencia a la perfección mediante la frecuencia regular del sacramento de la reconciliación.

Era asidua a la misa y comunión cotidiana, a la práctica del Vía Crucis, al Santo Rosario. Este espíritu de oración tenía un objetivo: salvar almas. Su preocupación constante era el deseo de extender el reino de Dios en toda la tierra por ello rezaba y hacía rezar.

Infundía el amor a Dios con dulzura: por eso también la llamaban Sor Dulzura. Esta fe se caracteriza por su total abandono a la divina voluntad, eso explica su serenidad, su equilibrio psicológico y espiritual. Tenía el corazón en el cielo y por eso alegraba la vida eterna para gozar de la alegría sin fin.



Su rostro reflejaba un amor intenso a Dios y al prójimo. Su caridad era total, era mansa, paciente y misericordiosa, generosa con los pobres y los pequeños.

Solía decir que Cristo se esconde en los pobres, en las personas que sufren, verdad que aprendió de la escuela de sus padres. El sueño de Dios hecho realidad en la sencillez de Crescencia nos anima hoy a vivir la amabilidad, la serenidad, la alegría, la sonrisa en familia, en comunidad y en la sociedad para disipar el mal.

5. SUS PRIMEROS VOTOS



Pasados los dos años del noviciado fue admitida a la Profesión de votos. Su salud era en ese momento, lo suficientemente buena como para dar otro paso adelante. Madura y empapada en la espiritualidad que San Antonio María Gianelli había dispuesto para sus Hijas, se había dedicado con esmero y empeño a su estudio. En ese clima de oración y silencio creció su valerosa y decida fe.

Cuando tomó sus primeros votos el 7 de septiembre de 1919 su padre, Agustín Pérez falleció. A pesar de esta noticia, se entregó a Dios con una obediencia filial y profunda. El noviciado le ofreció los elementos necesarios para su maduración espiritual en la vida consagrada, la Gracia de Jesús y la mediación de María del Huerto, le permitieron sortear los mayores obstáculos. Recorrió un proceso interior de obediencia. Todo por el sí que supo darle a Dios.



6. MARÍA CRESCENCIA EN EL COLEGIO DE BUENOS AIRES

En 1919, después de la Profesión, María Crescencia volvió al Colegio de Buenos Aires, en calle Rincón. En ese año murió su hermana menor María Luisa.

En el Colegio se encontró con veintidós religiosas y un gran número de niñas estudiantes. Comenzó una gran actividad con total sencillez y entrega. Enseñó labores y formó a las niñas para la primera Comunión. Cumplía sus deberes como ninguna.

Ofrecía su sacrificio con alegría. Esperaba sólo la ayuda de Dios.

Una fiebre tifoidea puso en peligro su vida durante el noviciado. La dejó muy débil y pasó días sin poder alimentarse como lo requería el trabajo que hacía.

Al verla siempre activa, siempre alegre, nadie sospechaba el esfuerzo, que más de una vez debía hacer, para sobrellevar y disimular fatigas y achaques de su pobre

salud.

Con bondad y paciencia pudo, poco a poco, ganarse el aprecio de las niñas mayores.

En esta comunidad vivió como una Hermana franca, humilde, amable y siempre dispuesta a colaborar, pero en silencio, sin llamar la atención.

En 1924, fue trasladada a la ciudad de Mar del Plata.



7. COMO ENFERMERA EN MAR DEL PLATA

En el Sanatorio marítimo de Mar del Plata, comienza María Crescencia su última etapa de Vida Religiosa en Argentina. Vivió con incansable dedicación este nuevo tiempo de Gloria y Cruz, entregando a Dios todo lo que tenía para bien de los niños. Fue solícita enfermera de aquellos niños, desplegando su caridad y celo. Se las ingeniaba para aliviarles el dolor físico y al mismo tiempo, infundir en sus almas el amor a Dios. Ella se hizo cargo de dos salas, con la responsabilidad de atender entre setenta y ochenta niños. Asumió su función con entusiasmo y el impulso de quien se halla en la tarea preferida; se notaba que lo hacía con alegría.

Prodigaba cuidados verdaderamente maternos a los enfermos. Se sentía feliz de poder aliviarlos y al mismo tiempo les hablaba de Jesús y de la Virgen María. Cuidaba de los niños enfermos con suma diligencia, se ocupaba de su alimento, la ropita, el orden y la disciplina.

El riesgo del contagio de tuberculosis no era ajeno a sus pensamientos, por lo que asumió el servicio de los enfermos con verdadero espíritu de caridad, considerándolo como un acto heroico delante de Dios, regalo de eterna felicidad.

El clima de Mar del Plata no fue favorable para su salud. Las superiores creyeron necesario trasladarla. En Pergamino, se despidió de su madre y hermanos. La destinaron al hospital de Vallenar, en el norte de Chile. Este cambio le costó mucho.



8. SU ENFERMEDAD EN CHILE

Su estadía en Chile fue dolorosa, por la separación de su familia y de su patria. Obedeció sin reclamos, sólo para servir, con la sencillez de los siervos y la esperanza de los santos.

Chile había sufrido la epidemia de la viruela; los mineros vivían en condiciones inhumanas; allí fue testigo de un terremoto devastador; las personas quedaron sin hogar; las religiosas se dedicaron atender a todos los enfermos. Desenterraron lo rescataba. El agua se transportaba desde lejos, a lomo de mulas. No había pan, leche, carne. Se levantaron carpas para los asilados. El hospital fue el único centro de socorro. Las Hermanas tuvieron que dormir durante varios días bajo un naranjo.

A este lugar llegó Crescencia en 1928, después de un viaje agotador en tren de madera, angosto, pequeño; que demoraba treinta horas horas de Santiago a ValLENAR.



9. SUS DÍAS EN VALLENAR

Gracias a los testimonios de Delfina Ortiz Morales, que conoció a Crescencia desde su llegada a ValLENAR podemos imaginar a la Beata trabajando en la farmacia del hospital; arreglando la Capilla con las flores que tanto le gustaban; dirigiendo el coro; cantando; ocupándose de la cocina; de la ropa; de enseñar el catecismo haciéndolo todo con amor y paciencia.

La salud la acompañó bastante durante los tres primeros años de residencia en Chile aunque estaba delicada. La mayor parte del tiempo, pudo cumplir con sus actividades, dando ejemplo en todo.

Asumió su enfermedad con profunda fe. Su ánimo no decayó y en todo momento prevaleció su entrega silenciosa y en paz. Confiaba en Dios y en la Virgen. Presentía que la llamaban a vivir para siempre

en el Cielo. Este pensamiento le permitió superar grandes dificultades. El dolor la unía cada vez más a Dios.



10. LA PROMESA DE UN SIGNO

En Vallenar no la podían tener, porque su enfermedad de tuberculosis era contagiosa. En Limache no la recibieron y volvió a Vallenar. De allí fue a Freirina, donde estuvo un tiempo antes de morir.

María Crescencia le dijo una Hermana, la Madre Elena, que no se afligiera porque no podía quedarse en Limache y que iba a avisar cuando muriera - tal como ocurrió en el momento de su muerte, en el que sintieron un fuerte olor a violetas-.



En Freirina, había un hospital donde se atendían enfermos del pulmón y allí fue internada y aislada.

Freirina fue el lugar de encuentro con la santidad a través del sufrimiento, la soledad, la incertidumbre ante la muerte y la humillación de la enfermedad contagiosa, que no le permitía vivir en comunidad. Aún así vivió sometida a la voluntad de Dios.

Allí soportó las molestias de la enfermedad con admirable paciencia y serenidad, con fortaleza de ánimo y estabilidad. Transmitía paz y alegría.

Rezaba mucho; la oración era su única compañía. En este hospital estuvo tres meses y volvió a Vallenar.

En las últimas semanas de vida, estando en Vallenar de despedió de la comunidad religiosa y del pueblo. Su muerte, el 20 de mayo de 1932, no fue algo nuevo para ella: fue un paso para la vida. Recibió la unción de los enfermos con santa paz y tranquilidad que conmovió a todos. Antes de su muerte tuvo una visión del Padre Fundador San Antonio María Gianelli quien estaba a su lado rezando por ella; de la Virgen del Huerto-que se movía en actitud de bendecirla con su Niño Jesús que se desprendía hacia sus brazos- y del Sagrado Corazón de Jesús quien le hizo sentir su divina presencia y le enseñó esta oración: "Corazón de Jesús, por los sufrimientos de tu Divino Corazón, ten misericordia de nosotros..." a quien le pidió una bendición especial para el Instituto y para el pueblo de Chile.

Murió sonriendo, dejando a todos, Sacerdote, Superiora y Hermanas profundamente conmovidos por una muerte tan santa.

11. LA BEATA MARÍA CRESCENCIA PÉREZ

Durante su breve existencia la Hna. María Crescencia encarnó un genuino espíritu de fe, en la fidelidad a los deberes del propio estado, en el rechazo del pecado, en la piedad filial hacia Dios manifestada en la oración continua y en la búsqueda constante de su voluntad.



El celo por la salvación de las almas la llevó a consumir su vida en el apostolado. En el año 1982 sus restos mortales fueron trasladados a Pergamino.

El ejercicio heroico de sus virtudes fue proclamado por Beato Juan Pablo II, el 22 de junio de 2004, y el 19 de diciembre de 2011, el Papa Benedicto XVI promulgó el decreto de reconocimiento de un milagro obtenido por su intercesión.

El milagro que hacía falta para la beatificación de María Crescencia se manifestó en María Sara Pane, quien sufría de diabetes infantil y en 1995, con 23 años, se le declaró una hepatitis. Los médicos que la asistían le dieron tres días de vida.



La única cura era un trasplante de hígado. En esas instancias fue trasladada del hospital Aeronáutico al Italiano. Allí, una hermana del Huerto le había llevado una estampita de María Crescencia, a quien la enferma le habló como "a una madre" y le pidió por su salud y por su pequeño hijo, de acuerdo con su relato.

Después de haber recibido la extremaunción, María Sara se recuperó la curación de su hígado fue tal que uno de los médicos que iba a realizar el trasplante le dijo que era "la primera vez que veía que la ciencia y el milagro se juntaban".

La vicepostuladora Hermana Josefina Noghedu, acompañó la solicitud de beatificación, con la lectura de la vida y obra de la hasta entonces venerable. La beatificación de la hermana María Crescencia Pérez, realizada el 17 de noviembre de 2012, en Pergamino, fue un regalo para la Iglesia en el inicio del Año de la Fe y fue una gracia singular para la Iglesia en Argentina y para las religiosas de la Congregación Hijas de María Santísima del Huerto.

La Hna. María Crescencia nos muestra que Dios puede y debe ser amado por encima de todo; que Jesucristo es el Único necesario, el Tesoro por quien vale la pena vender todo; el Esposo, a quien entregarse con amor indiviso; el Señor, a quien se sigue hasta el extremo. Una vida así entendida y vivida se hace misteriosamente fecunda, testimonio y profecía de la Vida plena; servicio y compromiso en favor de la Vida, especialmente allí donde clama porque está más amenazada.

“Por la intercesión de María Crescencia concede Padre que también nosotros podamos servir a nuestros hermanos con la dulzura de la caridad y la fuerza de la bondad. La Iglesia entera se enorgullece de esta hija predilecta, una gran benefactora de la humanidad”.

(Oración de la Misa de Beatificación)

